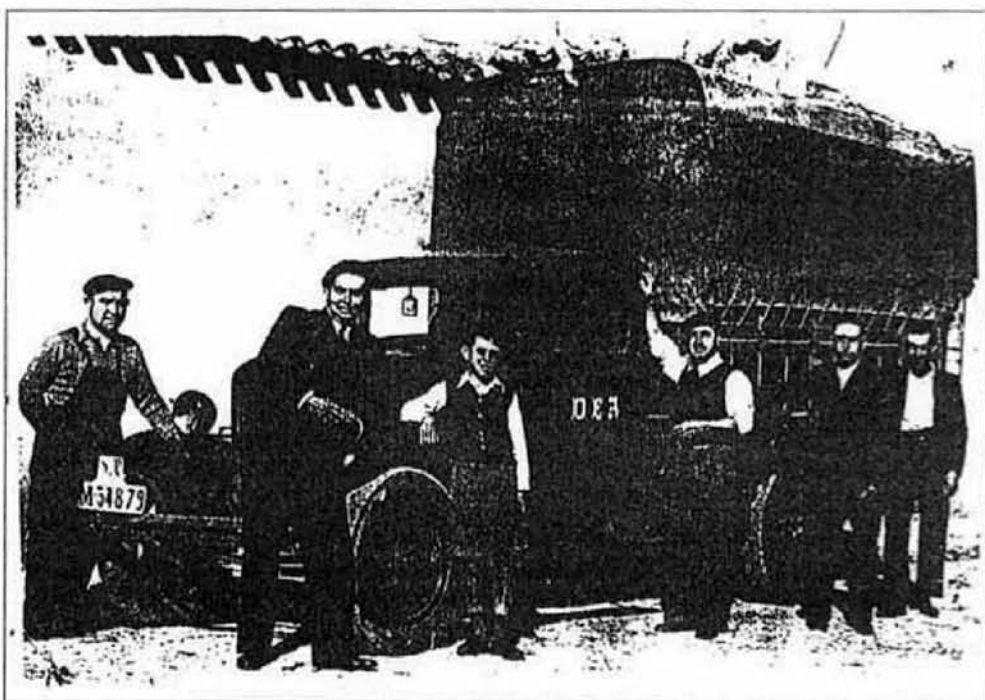


LA RUTA DE LA MEMORIA

“El Ordinario” de Getafe

Fíjense bien en esta imagen. Todos los personajes de la instantánea acarician orgullosos aquella vieja Ford que recorrió y seguía entonces recorriendo miles de kilómetros haciendo el transporte ordinario de aquel Getafe de 1950. El grupo deja ver la marca sobre la puerta de aquella camioneta: Dea, un apellido de emprendedores que hicieron oficio de aquella tarea de porte y reparto. Esta es la historia de aquel esbelto vehículo que sobrevivió a la guerra gracias a la astucia de aquellos hombres.



Occupaban la fotografía de izquierda a derecha el Sr. Benito Martín, Teodosio Sanz (*Topico*), que hizo arte de su oficio de ebanista, el pequeño Benito, hijo del primero, Nemesio Dea, que apoya su brazo derecho no dejando dudas sobre la propiedad de la camioneta, Gregorio Sanz (también *Topico*), de oficio zapatero y del que nos cuentan que fabricaba zapatos a los ilustres de este lugar. Y cerrando la fotografía, Ángel Jurdiás, que junto con Benito ganaba su jornal empleado en la Fábrica de Harinas, convertida hoy en el Lorca. Y haciendo de marco a todos ellos: la camioneta, una Ford negra que había sido adquirida por Nemesio Dea en 1935. Tan sólo un año después estallaba la Guerra Civil. La familia Dea se marchó a Madrid, en el momento en el que se requisaba la mayoría de los vehículos de motor para utilizarlos en la contienda. Pero los aprietos agudizan el ingenio y los Dea decidieron poner tierra no de por medio sino encima de la Ford. En la ronda de Valencia, principio y fin del camino a Toledo, abundaban entonces las posadas de labriegos. Y allí decidieron oradar la tierra para construir un *zulo* donde esconder la *Dea* hasta el final del conflicto. Medio metro de tierra marcó un sepulcro provisional construido con tableros, tras ser preparada y engrasada a conciencia para aguantar el destierro. Y vaya que lo aguantó. Volvía a ver de nuevo la luz. Restaurada, emprendió de nuevo camino a su tierra, Getafe. Y desde allí retomó su servicio de transporte de mercan-

cias para abastecer a un comercio todavía incipiente pero próspero en años venideros. Vino, productos de las huertas del marqués de Perales y alfalfa de Aranjuez para los ganaderos de Getafe. Y desde la ciudad de los palacios, cuenta Antonio Dea, que le costaba tanto subir la Cuesta de la Reina que habían de calzarla cada pocos metros para que no tomara la cuesta abajo por su peso. Aquel servicio de portes conocido como *El Ordinario de Getafe*, se encargó, con un nuevo vehículo, de realizar el transporte de las *neveras* de la recién instalada fábrica de Kelvinator, cuyos terrenos vea hoy levantados modernos edificios de vivienda. ¡Pero que poco nos queda de aquellos tiempos! Sí nos queda al menos el nombre de la calle que hacía de escenario a la imagen. Su nombre, Cruz, que discurre entre la Plaza Palacio y la calle de la Manzana, justo a espaldas de la iglesia de San Eugenio (en estos momentos convertida en semipeatonal). Nada tiene que ver con la de hoy. Entonces hacía de camino de entrada a casas de labor y huertos, donde los muchachos pasaban sus *novillos* y las parejas *se entretenían* cuando caía la luz. Esto y la proximidad del cine, bailes y billares dotaron de no demasiada buena fama a aquella peculiar calle, a la que el tiempo le ha arrancado su imagen. Nos quedamos con el recuerdo, al fin y al cabo, el cimiento de nuestro presente.

Emilio Fernández  
Fotografía cedida por Antonio Dea